

## NUEVAMENTE EL TALLER

No sé para qué invité a Pinto al taller. Ahora me arrepiento todito. Mira que pedirnos que escribamos un cuento sobre el tema del garabato. Cómo se le pudo ocurrir tamaña barrabasada habiendo tantos temas importantes como el amor, la muerte y hasta el sexo, aunque este último ya esté muy visto. Sé que lo hizo a propósito para fregarnos. Pero yo me lo voy a fregar a él para que vea que sí puedo escribir un cuento sobre el garabato. No sé, esa palabra me hace pensar en un gato, será por la terminación. Hasta un versito le puedo hacer. Mira mira el garabato que hizo el la pared ese maldito gato. No quedó mal pero me van a decir que no es taller de poesía sino de cuento. Y bueno, contaré un cuento de un pozo. Sí, de un pozo, de un pozo profundo de esos en que uno se asoma a gritar para que el eco nos devuelva la voz o donde arrojamamos piedritas para ver lo profundo que está. Bueno. Les platicaré el cuento. Era que se era un niño llamado Alfonso al que sus padres le decían Alfonsín o Fonsín, según del humor que estuvieran. Era un niño muy travieso pues sabía que sus padres hiciera lo que hiciera no lo regañaban y antes bien le festejaban todo. El veía que a todos sus compañeritos los padres los regañaban y hasta les pegaban, a él nunca. Y esto le empezó a molestar. Por qué a ellos sí y a él no. Yo tengo que tener los mismos derechos que los demás, decía. Y entonces multiplicó sus travesuras para conseguir un regaño o al menos una palabra con un tono más alto que el habitual. Le metía ranas en la mochila de la hermana, le jalaba las trenzas a Petronila, la sirvienta; escondía las llaves de la mamá que se desesperaba buscándolas, rayaba las paredes con crayolas, dejaba que se saliera el agua de la tina al dejar abiertas las llaves a propósito, les colocaba latas amarradas a las colas de los gatos, los consentidos de la abuela...y nada. Nadie le llamaba la atención. No puede ser, decía él, tengo que conseguirlo. Y volvía a las andadas, a llenar de agua sucia

las botellas de agua purificada, a cortar las plantas de la mamá que tanto cuidaba, a molestar a sus compañeros en la escuela, a sacarle la lengua a la directora de esta, a llenar de lodo su trajecito nuevo. Y nuevamente nada. Qué desesperación. Fue entonces que se le ocurrió una broma mayor. Me esconderé para que nadie me encuentre en horas. Eso haré. Pero dónde. En el ropero me encuentran fácil, se dijo. En la alacena también. Pueda que en el granero. No, ahí el Blaqui me va a encontrar y va a empezar a ladrar. ¿Sobre un árbol? No está mal pero que tal que me da sueño y me caigo. Ya sé, pensó sonriendo, me voy a meter al pozo. Amarro fuerte la cuerda y me bajo. Ahí sí que no me encontrarán. Y dicho y hecho fue al pozo, amarró la cuerda y con mucho cuidado empezó a descender. A la mitad le empezó a dar miedo pues se iba haciendo oscuro. No importa, yo continúo. Porque eso sí tenía el niño. Cuando se proponía algo lo hacía. Ya abajo sí se asustó mucho. Solo había un lugar pequeño donde estar, lo demás era agua, agua profunda. Mejor me subo de nuevo, se dijo para sí. Trató de hacerlo pero el esfuerzo para bajar lo había agotado. Subió unos dos metros y se dejó caer. El agua estaba muy fría. Se puso en la estrecha orilla. Titiritando empezó a gritar para que alguien lo sacara. Nadie lo escuchaba.

Y sí, la broma empezó a funcionar. Los padres llegaron, dejaron los bultos que traían pues habían ido de compras, llamaron a Alfonsín para que viniera a ver el balón que le compraron. Pero el niño no contestaba. Se habrá dormido, dijo el padre. Es muy temprano, dijo la madre, de seguro está viendo la tele y por eso no nos escucha. Fueron a su recámara. Qué raro, exclamó el padre. Estará en el campo, en el granero, ahí le gusta mucho jugar a subirse en los granos de maíz, dijo la madre. Fueron y no lo encontraron. Ya empezaba a oscurecer. Los dos se preocuparon mucho, muchísimo. Recorrieron todos los rincones de la casa, del campo que tenían. A gritos lo llamaban. El niño si logró escucharlos pero ellos no escucharon el grito del niño que llorando decía mamá, mamá.

Salieron a la carretera a buscarlo y nada. Fueron a las granjas de los vecinos y nada. La madre lloraba y lloraba. El padre hacía un esfuerzo enorme para no hacer lo mismo. Desesperados volvieron a platicar sobre los lugares donde pudiera estar: la bodega, las caballerizas, el jardín, en un ropero, bajo una cama. Ya todo lo habían recorrido. Fue cuando pensaron en el pozo.

- ¿Y si se cayó al pozo?

- No lo digas ni por asomo. Se mataría.

-Es el único lugar donde no hemos revisado.

- Pues vamos.

Y fueron y su sorpresa fue escuchar los gritos y llanto de su hijo. Desesperados le pidieron que se agarrara a la cuerda y que ellos lo subirían. El niño tomó la cuerda y cuando lo habían elevado un poco se soltó por debilidad. El padre dijo que iba a bajar pero sabía que no iba a resistir. Cerca de la granja no había gente joven que los ayudara. Qué hacer. Fue cuando se recordó que tenía un garabato. Fue por él, lo arrojó al pozo y le dijo al niño que atravesara la ropa y que lo atorara en su cinturón. El niño lo hizo y los padres haciendo el máximo esfuerzo lograron sacarlo. Ya afuera y libre del peligro recibió la mayor regañada que podía esperar de sus padres, le dijeron inútil, consentido, bueno para nada, estúpido y para terminar pendejo escuincle. El niño quedó feliz y yo también pues pude utilizar la palabra garabato en su otra acepción, la del diccionario: garfios de hierro que, sujetos al extremo de una cuerda, sirven para sacar objetos caídos en un pozo. ¿Cómo te quedó el ojo

Juan José?

Tomás Urtusástegui

Octubre 2003